



Rogelio y los rollos velados

Versión literaria de **Busi Cortés**
Ilustraciones de **Enrique Torralba**

**Kipatla**
Para tratarnos igual

SEGOB
SECRETARÍA DE GOBERNACIÓN



CONSEJO NACIONAL PARA
PREVENIR LA DISCRIMINACIÓN

A leer
IBBY MÉXICO



Versión literaria: Busi Cortés

Ilustración: Enrique Torralba

Argumento original: Busi Cortés

Guion de la versión para televisión: Luis Carlos Fuentes Ávila,
para la Estación de Televisión XEIPN Canal Once del Distrito Federal.

Idea original de la colección: Nuria Gómez Benet

Este texto fue elaborado en el Taller literario coordinado por el Maestro Agustín Monsreal.

Coordinación general: Alicia Molina Argudín

Coordinación editorial: Adriana González Méndez

Cuidado editorial:

Norma Romero Ibarrola

María Cristina Vargas de la Mora

Marta Llorens Fabregat

Felipe de Jesús Ávalos Gallegos

Carlos Sánchez Gutiérrez

Bárbara Lara Ramírez

Diseño y formación: Margarita Pizarro Ortega

Formación: Karla Ma. Estrada Hernández

Investigación de “Para que conozcas más...”:

Berenice Vargas Ibáñez

Patricia Montes Balderas

Primera edición: octubre de 2014

© 2014 Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación

Dante 14, col. Anzures,

del. Miguel Hidalgo,

11590, México, D. F.

www.conapred.org.mx

ISBN: 978-607-7514-89-3 (Colección Kípatla, para Tratarnos Igual)

ISBN: 978-607-8418-03-9 (Rogelio y los rollos velados)

Se permite la reproducción total o parcial del material incluido
en esta obra, previa autorización por escrito de la institución.

Ejemplar gratuito. Prohibida su venta.

Impreso en México. *Printed in Mexico.*

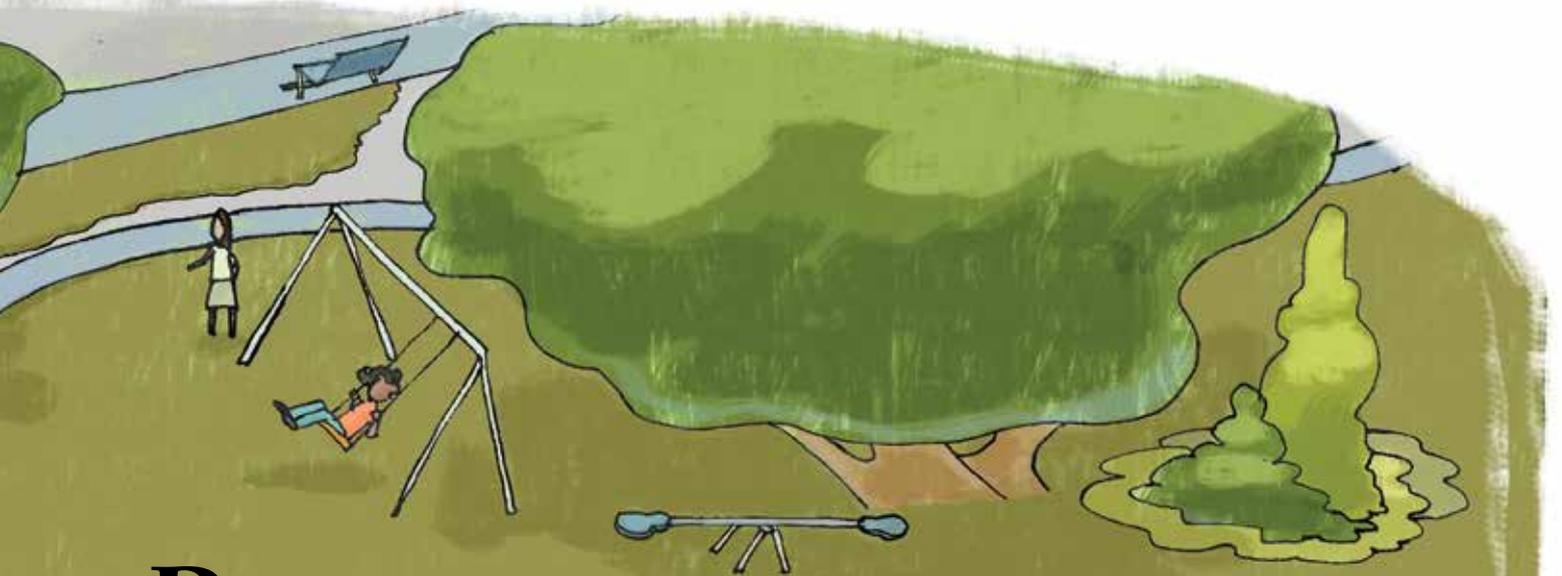
Rogelio

y los rollos velados

Versión literaria de **Busi Cortés**
Ilustraciones de **Enrique Torralba**







Para mí, las vacaciones entre quinto y sexto fueron las menos aburridas de todas, porque descubrí la fotografía.

Muchos me llamaban Roger, el tranquilo, y es que cuando de bromas se trataba, sabía hacerlo de manera que no me cacharan. Le entraba parejo con Jonathan y con Daniel a toda clase de trampas y travesuras.

En esas vacaciones, el domingo de la fiesta del pueblo nos pasamos buena parte de la mañana observando cómo instalaban la rueda de la fortuna. Engrasaban cada una de las piezas de las canastillas y las iban subiendo una por una.

Nosotros fuimos los valientes que subimos en el primer viaje del día. ¡Qué padre estaba Kipatla desde allá arriba! Yo alcancé a ver a Carmen meciéndose altísimo en un columpio del parque y Daniel descubrió el nido de las aguilillas de cola roja en el fresno del atrio de la iglesia.

De repente, los engranes de una cadena empezaron a rechinar y ése fue el fin del paseo en la rueda “sin fortuna”. Prometieron compensarnos con una vuelta por la noche. Mejor, porque los cohetes iban a estar buenos.



Jonathan fue el de la idea: “A ver quién logra arrebatarse un globo al vendedor sin bajarse de la bici”. Daniel iba en la patineta y le entró también. ¡Y allá vamos! Ya casi con un globo de estrella en la mano, no calculé el cruce de Daniel y choqué con el globero. El ramo de globos salió volando y se atoró en un árbol. ¡Chin!

El globero salió ileso, aunque muy enojado. Me bajé de la bici con cara de “yo no fui” y caminé hacia el kiosco, porque era el único lugar donde podía estacionarla. Allí me encontré a las niñas.

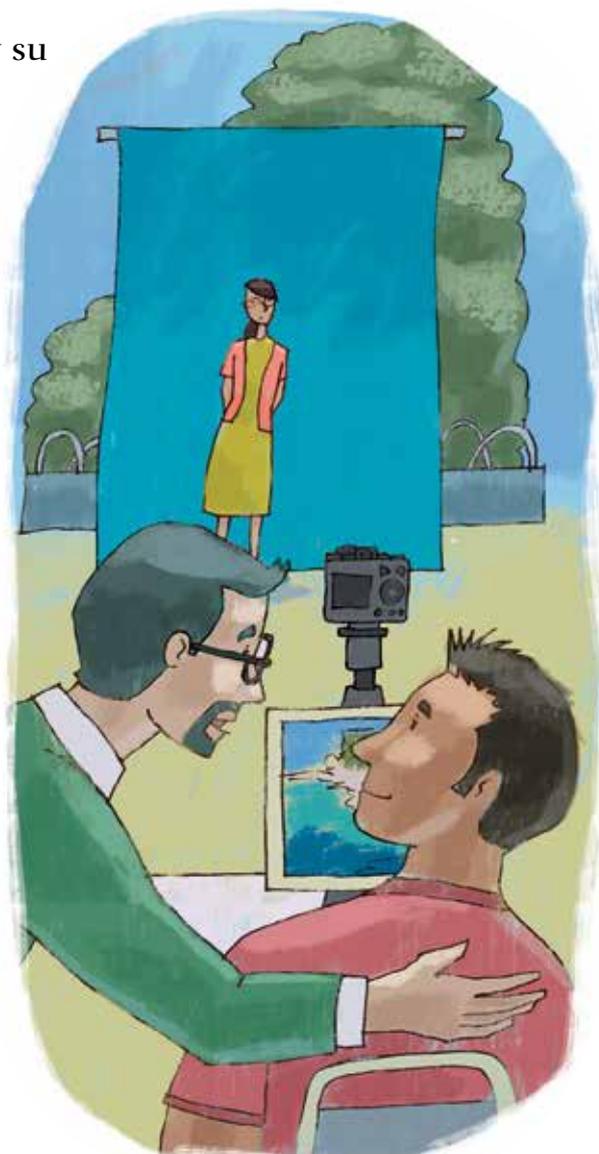
Estaban muy entretenidas con su juego favorito: ver quién aguantaba más mirando a la otra a los ojos, sin reírse. La mejor de todas era Emilia, la que más resistía. Ella no oye bien, por eso usa aparatos auditivos y aprendió a leer los labios. Cuando Emilia te mira, sonrío hasta el infinito y más allá, y sabe que si uno se clava en el iris de una persona, le puede ver el alma.

En las fiestas de Kipatla siempre ha habido kermés, con puestos de antojitos y dulces que ponen las mamás y los papás. Antes, instalaban un registro civil para casarse, pero hacía tiempo que no lo ponían. Cuenta mi papá que, cuando era niño, se casó varias veces con mi mamá y que era muy emocionante. A mí me parecía que eso no tenía chiste, aunque también imaginaba que casarme con Emilia no estaría nada mal.

En el centro de la kermés, el profe Ismael y su amigo Gustavo habían colocado un puesto de fotografías; cada una por veinte pesos . Era todo un escenario, con una cortina de lona azul bien estirada. Ismael era el encargado de la cámara y Gustavo el de la computadora.

Me estuve un buen rato viendo cómo componían las fotos. Era increíble, el fondo azul en la pantalla se transformaba como por arte de magia. Así, el paisaje que tenía como fondo la foto de Balbina resultó ser el Castillo de Tulum frente al mar azul intenso del Caribe. Gustavo e Ismael me dieron chance de tomarle una a Jonathan y Daniel, vestidos de superhéroes, volando en el cielo, con las aguilillas a su lado. Le pregunté al profe cómo le habían hecho para fotografiarlas tan de cerca, y me dijo que con un telefoto.

Cuando tocó mi turno, pedí que me pusieran rodeado de cocodrilos, que eran mis animales favoritos desde que mi tío abuelo Fermín encontró un criadero en el estero de La Manzanilla. También dí que me hice del rogar, pero sí me retraté con Emilia.



El profe Ismael anunció por el altavoz que aquel que bajara los globos que quedaron enredados en el árbol ganaría una foto gratis. En ese momento, doña Balbina vino directo hacia mí, casi casi para jalarme de la oreja.

—No te hagas, niño, tú tuviste la culpa, ahora vas a ayudar y, además, tienes que pedir perdón.

Dejé el puesto de las fotos, resignado a reparar el daño y sí, me disculpé con el globero que seguía muy enfurruñado.

Doña Balbina se ha vuelto experta en trepar a cuanto árbol hay en las calles para bajar a su gata, Pólvora. Le fui ayudando a subir, aunque en realidad, se las arreglaba sola. Era muy ágil y logró desatorar los globos con gran facilidad. Hubieran visto su enorme sonrisa. Como premio, se llevó un globo verde, del mismo color de su vestido, la foto gratis y algo más: Gustavo le pidió retratarse con ella. Estaba contentísima, después quiso otra foto con Ismael.

Balbina comentó:

—Qué lástima que ya no haya bodas en las kermeses de Kipatla... me habría apuntado con los dos.

Aprovechando la confianza, les preguntó si ellos le podían revelar unos rollos, porque en el pueblo ya no había dónde. Les dio su dirección para que los recogieran y, de paso, los invitó a tomar un té muy especial.

Yo quería que Ismael inspeccionara la cámara que me había heredado el tío Fermín, para que él y Gustavo me enseñaran sus trucos. Me vieron tan interesado que me citaron en la casa de Balbina al día siguiente y nos avisaron que el taller de fotografía estaba por comenzar en la Casa de la Cultura.



Por fin nos subimos a la rueda de la fortuna. Jonathan, Daniel y yo íbamos en una canastilla. En la de adelante iban Ismael, Gustavo y Balbina, quien se acomodó en medio de los dos.

Después de tantas emociones, en la noche no podía dormir, pensando en las aguilillas que se veían tan cerca. Al día siguiente tenía que encontrar el telefoto en el desván para intentar retratarlas.



Con Fermín conocí los secretos de Kipatla recorriendo sus coladeras. Buscábamos las que se movían y sonaban al bailar encima de ellas. Yo andaba por los cuatro años y las que me parecían más interesantes eran aquellas en las que se escuchaba correr el agua. Yo sabía que era de lluvia y guardaba la esperanza de que de repente apareciera un cocodrilo o, por lo menos, un caimán pequeño, pero no se nos hizo encontrar ni un sapo. Él no perdía las esperanzas y me enseñó

a gritar por los agujeros: ¡río!, para que el agua siguiera fluyendo por ahí. Ahora me río de verdad al acordarme.

Fermín era como un abuelo para mí, aunque nunca se casó ni tuvo hijos. Mi papá era su ahijado y desde que yo nací nos quedamos a vivir en su casa.

Yo tenía seis años cuando el tío se fue a Sudáfrica y no volvimos a saber de él. Mi mamá hasta sintió alivio porque no le aguantaba sus manías. En cambio, a mí me hipnotizaban. En la merienda, partía las conchas con cuchillo, a rebanaditas perfectas, y las sopeaba en su vaso de leche. Además, me enseñó a distinguir hasta los instrumentos más lejanos de una orquesta al escuchar música clásica.

Lo que me parecía más impresionante de mi tío es que fuera fotógrafo de animales salvajes. Cuando se marchó, cargó con su equipo y sus fotos. A mí me dejó una cámara de colección con caja de piel y telefoto adicional, llamada *Rolleiflex*. Me dijo que era muy fina y cara, y que cuando mi mano fuera del tamaño del telefoto, podría usarla. Todavía me faltaba un poco, pero abrigaba la esperanza de que Ismael dijera que sí, que ya podía.





Me gustaba imaginar que algún día yo sería fotógrafo de animales salvajes, iría a Sudáfrica y vería dónde quedaron los restos de mi tío abuelo.

Con el celular de mi papá tuve la ocurrencia de retratar a mis bichos, y mi papá se enojó y borró mi colección de grillos. Yo me enojé más y no le hablé en toda una tarde. ¿Él qué sabía de insectos?

Mi mamá opinaba que la cámara de Fermín ya no tenía ningún valor porque no se podía usar para nada; en cambio mi papá decía que sí, que nomás se necesitaba sacar el rollo que se había quedado atorado. Yo pensaba: “Ojalá y sirva”, porque Aurelia había llevado al Curso de Verano una tarántula increíble que, según ella, era su mascota y era tan fabulosa que merecía tomarle muchas fotos.

Finalmente, en el desván encontré la cámara y me puse frente al espejo. Al inspeccionarme, descubrí que podía hacer lo que decía Emilia: viéndome a los ojos podía encontrar mi alma. Llegué a sentir que, del otro lado del espejo, Fermín me estaba mirando.

Hurgando por ahí —así decía él— me encontré un paquetito especial escondido en una caja de ajedrez. Era un casete grande y un rollo sin revelar, guardado en un bote. En Kipatla ya no había caseteras en el video club y menos, laboratorios fotográficos. “¿Qué hacer?”, me preguntaba, confiando en que Ismael me ayudaría a revelar ese enigma.

Me propuse ir a la casa de Balbina para retratar a Pólvora y Pardo. Seguro lo lograría con la cámara de Fermín.





No me gustaba la casa de Balbina porque olía a gato. A ella, a veces se le pegaba ese olor y la pelusa de Pólvora, que era de angora gris. Se llamaba así porque parecía explotar cuando saltaba para trepar a los árboles. El consentido de Balbina, Pardo, tenía un ojo amarillo y otro verde. Balbina decía: “un ojo al gato y otro al garabato”. No sé por qué, pues el felino no era bizco. A Pardo no le interesó el juego de Emilia de ver el alma, me esquivó la mirada y se fue a restregar en el pantalón de Ismael.

Balbina, muy satisfecha, se dejaba llevar la mano en la tableta, dirigida por Gustavo, deslizando, una tras otra, las fotos que le tomaron en el parque y procesaron en la computadora. Aparecía al lado de la Torre Eiffel, con la Estatua de la Libertad y las Pirámides de Egipto. Parecía una gran viajera con bufandas multicolores, que habría recorrido el mundo en una sola tarde.

Para que no me aburriera, Gustavo me enseñaba los diferentes tipos de diafragmas y el manejo de la luz. Balbina detuvo al gato Pardo, más dócil que Pólvora, para que viéramos cómo se le dilataba la pupila al alejarlo de la luz de la ventana, igualito que la cámara.

El silbido de la tetera anunció que ya estaba lista el agua para el té. Gustavo se ofreció a ayudar, y yo me quedé con Ismael viendo el modo de desatorar el rollo que tenía dentro la cámara de Fermín. Hábilmente, Ismael metió la cámara



en una bolsa negra de tela, especial para que no se velara el rollo ni se echara a perder; entonces intentó sacarlo. Estaba realmente atascado.

En la cocina, Balbina saboreaba los ingredientes del té: canela, raíz de jengibre, trocitos de nuez moscada y clavo, mientras admiraba la musculatura de Gustavo.

Fue muy difícil desatorar ese mecanismo oculto, tuvieron que hacerlo a cuatro manos. Hubo un apretón que se volvió caricia entre Ismael y Gustavo. Sí los vi, pero en ese momento no le di importancia, porque me acuerdo que me sentí muy triste cuando supe que estaban a punto de velarse las últimas imágenes que había tomado mi tío con la cámara.

Lo que más le gustaba a Ismael en sus viajes era captar lo que veía, “lo auténtico”. En la primera clase en la Casa de la Cultura, nos proyectó toda una

serie de fotos con el tema: “los abrazos”. Se podrán imaginar que la que me fascinó fue la de un tipo, con sonrisa de miedo, aferrado a un cocodrilo. Le pedí que me la regalara. Daniel escogió la de un par de abuelos en patines, tomados del brazo. Seguro Fermín hubiera sido uno de éstos. Emilia eligió una de un perro acostado en la cama de enfermo de su amo. Varios de los que pasaron a sexto cuchichearon con una foto de dos leones machos que retozaban juguetones.

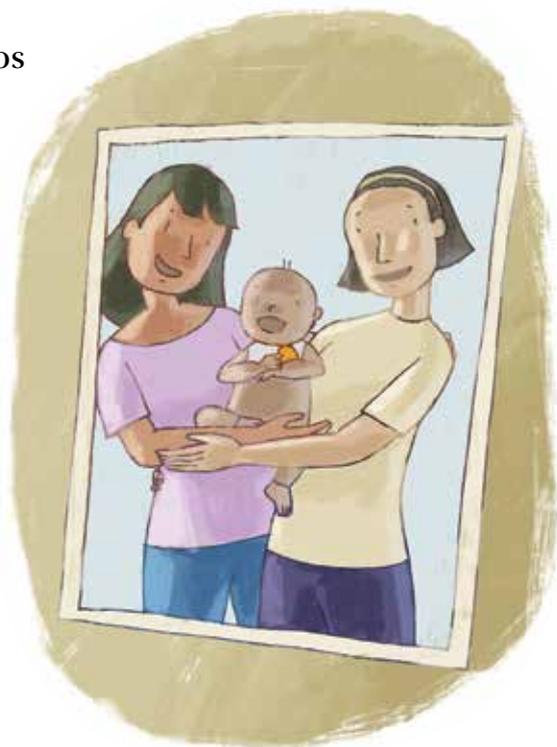


Había una que nos sorprendió a todos: dos mujeres felices abrazando a su bebé. Y me acuerdo perfecto de lo que nos dijo Ismael: ellas eran pareja y formaban con su hijito una familia. “Aceptar la diversidad hace más rica a la sociedad”. Nos dijo con una sonrisa en la cara.

Luego nos mostró la foto de un vagabundo, parecido a la señora de la gorra azul, con arrugas muy hundidas, que tenía un ramo de flores moradas. Nos invitó a buscar los contrastes de la vida: en todos lados, hasta en donde no nos imaginamos, podemos encontrar algo bello. Eso es lo que teníamos que buscar para hacer nuestras fotos. Eso es lo que él nos enseñaba.

La clase se puso muy interesante cuando llevamos nuestras cámaras. ¡Todas eran diferentes! Toño trajo el celular de su hermano, sin que éste se diera cuenta, porque estaba bien dormido. Daniel, con su cámara de video, podía tomar fotos fijas. Sin lugar a dudas, la más vistosa y la más antigua era la mía, la *Rolleiflex* del tío Fermín que usaba rollos de 35 mm. Todos se burlaron: “por eso te pusieron Roger”. Y yo, para mis adentros, pensaba: “me llamo Rogelio”.

Ismael nos explicó que las cámaras de antes, como la mía y la de Paula, se cargaban con rollos y se tenían que revelar en un laboratorio. Con las cámaras digitales, era distinto, pues las imágenes podían verse en la pantalla o imprimirse



desde la computadora. Pero, con cualquier cámara, lo fundamental en un buen fotógrafo era su capacidad de ver.

Se me quedó grabado que lo más importante de todo es la sensibilidad. A final de cuentas, lo que se siente al mirar a través del objetivo, al disparar. Eso da la precisión del tiro al blanco. Así decía Ismael.

La sesión cerró con una actividad genial. Me pusieron de ejemplo en un fotomontaje con mi cara metida en la boca de un cocodrilo para señalar los planos: el detalle del colmillo en mi cachete. Otra foto, un plano general: el cuerpo entero del cocodrilo y la cabeza chiquitita del niño, o sea, yo.



Llegué muy contento a mi casa a platicar todo lo que aprendí: una lagartija podía verse del tamaño de un cocodrilo y un tiburón parecía un pescado común con aleta dorsal. Yo le decía a mi papá que con la fotografía se puede jugar con el tamaño de las cosas, y él me apoyaba, estaba tan entusiasmado como yo y se veía orgulloso, igual que cuando le metí el penal al equipo de San Andrés.

Estuve a punto de ir a buscar el telefoto de la cámara, para ver si ya era del tamaño de mi mano, pero me contuve porque yo sabía que a mi mamá no le gustaba que esculcara en el desván entre las cosas de Fermín.

El colmo para mi papá y para mí fue que, cuando intentó accionar la cámara, se volvió a atorar. Ya no quiso moverse ni para atrás, ni para adelante. No podía hacer el ejercicio de la tarde: tomar en el parque “lo que más nos apasionara”. Al ver mi frustración, me compró una desechable en la tienda de don Roque.

La vida en Kipatla estaba cambiando. Gustavo organizó un viaje al pasado, trajo películas de Súper 8 que proyectaba por las tardes en el cine club de la Casa de la Cultura. También iban los de la secundaria, pero se la pasaban echando relajo.

Daniel estaba muy contento porque su tía le había regalado unas películas viejitas de Chaplin que llevó. Nos pusieron también *Los tres huastecos*, con Pedro Infante, en la que la niña Tucita tenía una tarántula de mascota. No sé cómo le hicieron, porque jugaba con el insecto patón como si se tratara de una catarina. No nos gustaba que las películas fueran en blanco y negro. Entonces, Gustavo nos llevó una de Indiana Jones y fue lo máximo. Esa vez hasta participaron las mamás y Balbina llevó las palomitas. Ahí, hasta Ismael y Gustavo se olvidaron de “la composición de la imagen”, lo que contaba era que nos divirtiéramos y ya.

En una de esas tardes, Emilia me acompañó por mis fotos a la tienda de don Roque. ¿Para qué quería la señora de la gorra azul tantos mecates que estaba recogiendo afuera de la ferretería? Y, ¿qué hacía ahí Balbina? ¡Ah!, en la trastienda estaban Ismael y Gustavo, buscando unos focos especiales para

completar su equipo de iluminación. Balbina les llevaba otros rollos que encontró en un cajón para ver si también los podían revelar. Ellos cuchicheaban y se reían cariñosos y no se percataron de la presencia de Balbina ni de su gesto de desilusión. Emilia sí, sintió el flashazo en la cara. Ella adivinó lo que había entre ellos: eran pareja.



En ese momento até cabos y le di la razón a Emilia. También pensé: ¿Por qué tanto escándalo? Fermín decía que “la gente es como es y así es”. Y mi papá lo repetía con frecuencia.

A mí lo que realmente me preocupaba en ese momento era el desastre de las fotos que tomé. Me sentía peor que cuando me reprobaron en matemáticas. Las piedras de colores de la pecera de Brandon aparecían medio chuecas, y las tortugas japonesas estaban perdidas.

Me quise hacer un autorretrato y sólo se veía mi oreja grande y desenfocada. Algo andaba mal conmigo ¿o con la cámara? Lo que quería captar quedaba fuera de cuadro, quién sabe dónde. Yo no servía para la fotografía. Emilia me daba ánimos y a cada defecto le encontraba una virtud: decía que los colores de las piedras combinaban muy bien, que se podía apreciar la perfección de mi oreja, que la textura del fondo daba profundidad...

Los jueves, Emilia se volvía la más popular del grupo, porque jugábamos a adivinar las pláticas de los adultos en la cafetería. En realidad, no iban a tomar café, sino a comerse vivo al pueblo entero: Balbina, don Roque, la abuela de Paco, la mamá de Jonathan, el licenciado Juvencio y Chayito, mi mamá, entre otros. Cada uno de



nosotros decía lo que creía que estaban chismeando, y al final, Emilia, que había leído los labios de todos ellos, nos indicaba quién había sido el ganador.

Ese día no hubo juego. Emilia me acompañó; cuando Ismael y Gustavo entraron al café, los seguimos. Al dirigirnos a ellos, se hizo el silencio. Yo sólo iba a mostrarles mi desastre de la primera práctica. Por lo visto, ahora tocaba que nos comieran a nosotros.

Balbina tenía esos ojos de gato erizado, de cuando trae un chisme caliente. Ismael le fijó la mirada, respondiéndome a mí y de paso al grupo de enfrente: “lo que se ve con este ‘objetivo’, no es lo que está en la realidad”.

A mi mamá no le pareció que yo saliera de la cafetería con Ismael. Se levantó como resorte para marcar un número en su celular. Yo no sabía que estaba pidiendo una cita urgente con el dentista. ¡Para mí! En cambio Emilia sí, ella me lo dijo.

Una hora más tarde, con la boca abierta ante el dentista, yo me preguntaba por qué estaba ahí y por qué no podía seguir con mi clase de foto. No tenía ni una muela picada y el dentista no recomendó ni siquiera la limpieza con flúor.

A la mañana siguiente, desde lo alto de la escalera de mi casa, alcancé a oír la conversación de mis papás. Mi mamá ya no quería que yo siguiera con el Taller de Fotografía “porque el maestro había roto la cámara de Fermín. Además, me estaba *influyendo...*”.

Mi papá era de pocas palabras y nomás repitió: “influyendo”. Mi mamá no soltaba la sopa, ¿qué se traía?

Mi papá se acercó a despedirse con un beso y, cuando ya estaba en la puerta, ella se lo soltó:

—Esos tipos son homosexuales, ¿eso no te importa? ¿Quién sabe qué le estarán enseñando? No voy a permitir que Roger siga yendo a ese curso. Lo voy a mandar con sus primos a Monclova.

En ese momento, mi papá escuchó mis pisadas en la escaleras, corriendo hacia el desván. Me alcanzó tranquilo y me dijo que quería que platicáramos sobre lo que estaba aprendiendo en las clases de Ismael.

—¿De veras quieres saber? —le pregunté. Y me lo llevé a la azotea.

Cuando estábamos ahí, le dije:

—¿Qué? ¿Quieres fotos con telefoto o con los ojos cerrados?

—No sé —me dijo extrañado.

—Bueno, pues de las dos —le respondí—. Primero cierra los ojos y vas a sentir el click de la cámara cuando yo te diga. ¿Conoces a mi amiga Carmen?

Él nomás negaba con la cabeza.

—Bueno, pues imagínatela. Si está enojada, se columpia fortísimo. Trata de ver sus ojos, ¿cómo son? ¿Cómo sabes que está enojada? Ahora siente lo que ella está viviendo y toma la foto: ¿listo?

Mi papá se rió y yo sentí su *sí*. Abrió los ojos y su mirada se parecía a la de Emilia.

—Eso es lo que nos enseña Ismael, papá. Para que la fotografía funcione hay que acercarse a las personas, a las cosas, a la realidad, a la verdadera realidad, no a las apariencias.



En ese momento me prometió que hablaría con mi mamá, aunque me pidió que, por lo pronto, ese día no fuera al curso.

Esperé a que terminaran las clases para alcanzar a Emilia y saber qué habían hecho y qué habían aprendido. Me mostró en su tableta algunas de las fotos que tomó y los efectos que consiguió con la iluminación. Balbina andaba husmeando afuera de la Casa de la Cultura, dizque estaba haciendo una encuesta sobre el Curso de Verano. Al preguntarme cuál era la foto que más me había gustado del Taller, le dije tranquilamente: “la de los leones que se abrazaban”, y como que no le gustó. Todavía alcancé a Ismael y le di el paquete de Fermín en la caja de ajedrez, con el casete y el rollo. Estaba seguro de que él iba a revelar el enigma.

Con toda naturalidad, Ismael se inclinó para decirme:

—¿Ya sabías que para revelar se necesita trabajar en el cuarto oscuro? Para que las cosas salgan a la luz, a veces se tienen que procesar en la oscuridad. Y hay situaciones que parecen oscuras y al quitar un velo resultan luminosas.

No entendí nada, pero sí vi la puñalada que Balbina nos echó con los ojos.

Esa noche, Emilia me habló para contarme que desde su ventana vio a Balbina, en la azotea de su casa, quemando las fotos de sus viajes por el mundo inventados por Ismael y Gustavo. Emilia tuvo que usar los catalejos: sólo había visto a Balbina tan triste el día que se murió uno de los gatitos de Pólvora, atropellado por un coche. Ella se sintió observada y Emilia cerró rápidamente la cortina de su cuarto.

La tristeza de Balbina se convirtió en coraje. Como buena secretaria, domina la computadora y mandó una carta por Internet a todos sus contactos, recabando firmas para que corrieran a Ismael de la Casa de la Cultura, por ser gay.





Mi mamá todavía no le sabía muy bien al correo electrónico y me pidió que se lo abriera. Yo le dije que tenía virus y que no se podía leer. Sí, le mentí, pero no me arrepiento. Corrí a la casa de Paco, porque yo sabía que su abuela Leonor también había recibido la carta. Le pedimos a Toño que fuera en su bici a convocar a todos para una reunión urgente en el kiosko.

Cuando planteamos el problema, Aurelia, Paula y Carmen nos propusieron una idea:

—Hagamos una exposición abierta a todo el público para que de veras vean lo que hemos aprendido con el profe Ismael —propuso Aurelia.

—Juntemos todas las fotos que podamos. Aurelia comentó que en su libreta tenía anotadas varias frases que también podrían copiar. —completó Paula.

—Vámonos más lejos —Carmen hizo casita entre las cuatro y les dijo un secreto.

Aceptaron el pacto muy gustosas.

—Conste, pero que sea sorpresa —les advirtió Carmen.

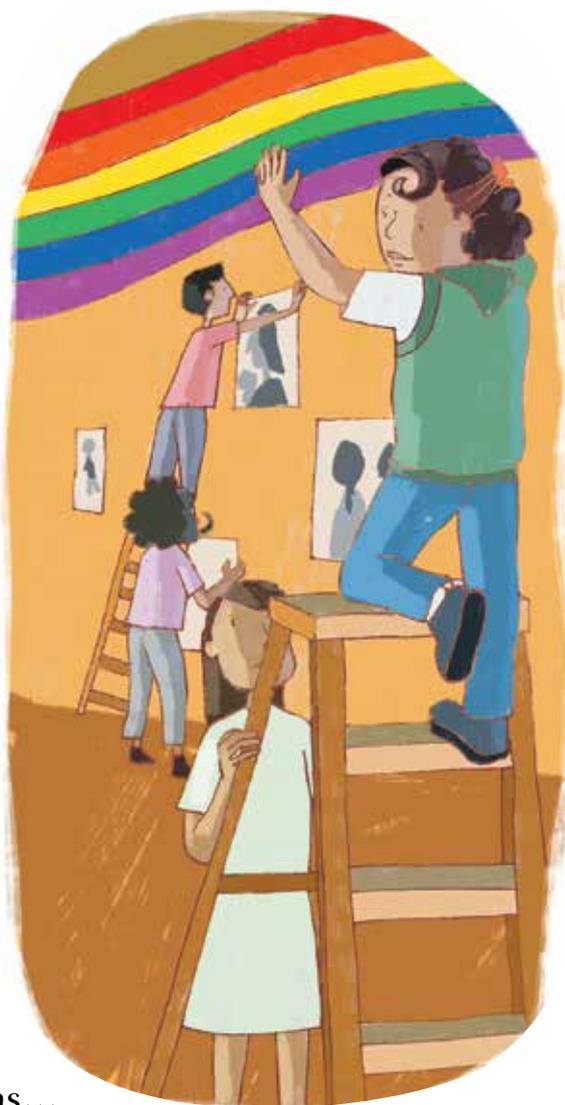
Y de verdad que nos sorprendieron. Habían decorado la puerta del salón con un enorme arcoíris que decía: “Bienvenida la diversidad”. Desde muy temprano fuimos llegando, cada uno con su tesoro: Carmen con una copia ampliada de la

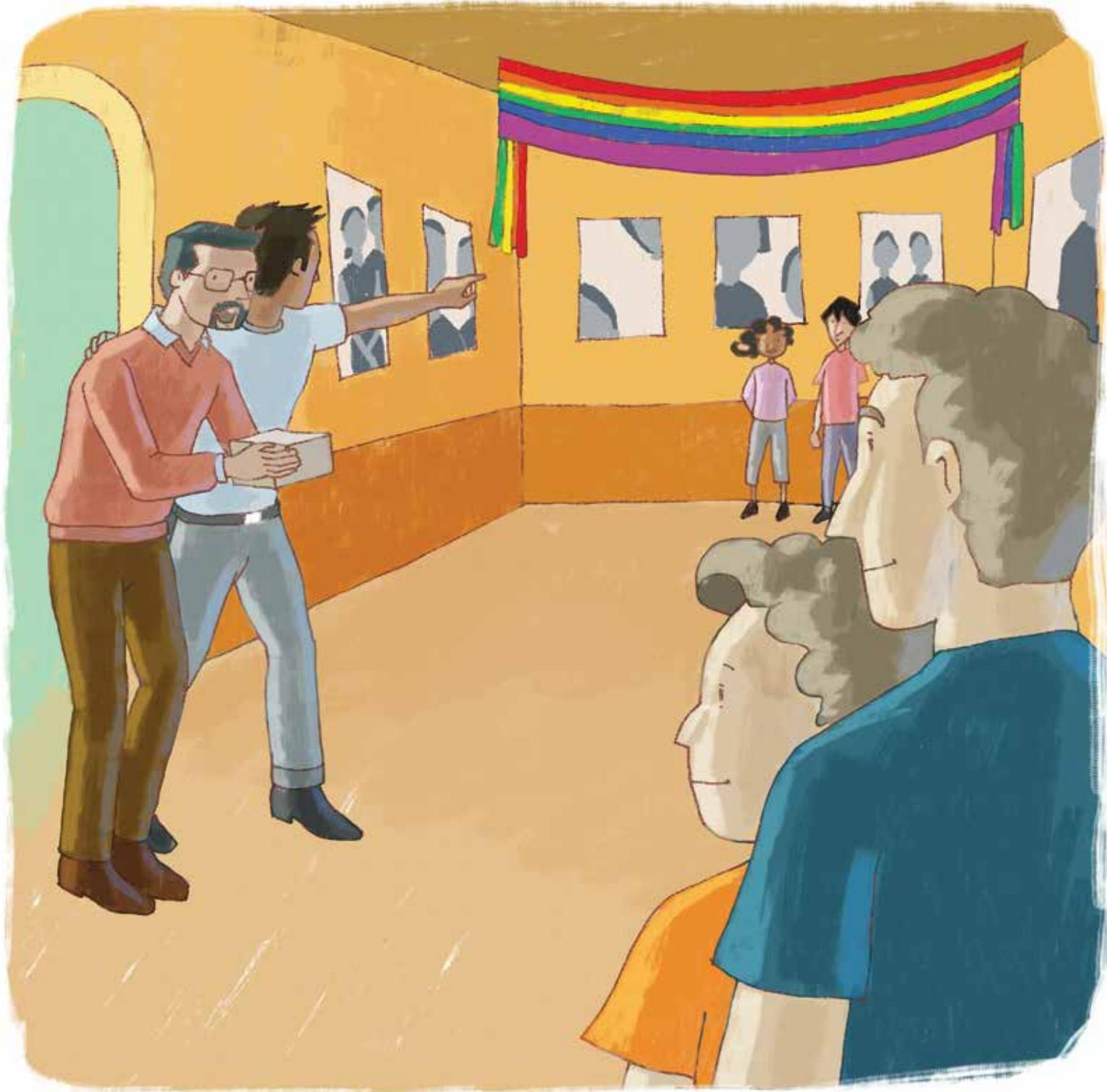
foto de las dos mamás que abrazaban felices a su bebé; Emilia llegó muy orgullosa con una banderola de colores que hacía juego con el letrero de bienvenida y con las mariposas que llevó Aurelia; Beto trajo la foto familiar en que aparecen todos disfrazados de vampiros y un cartel que decía: “La diversidad hace más rica a la sociedad”. Daniel conectó un video en el que se veía el público de Kipatla en el cineclub.

Algunos tuvimos que utilizar parte de nuestros ahorros para ampliar las fotos. Así pude llevar lo que yo había tomado con la cámara de mi papá que quedó de lujo: el ojo verde del Pardo se veía enorme. Y qué decir de las aguilillas bebés en el nido, tomadas desde la “rueda de la gran fortuna”, con el zoom que te acerca muchísimo a lo que quieras.

Sin lugar a dudas, mi mejor foto fue el detalle de la sonrisa de Balbina, disfrutando del cineclub y las palomitas.

Dicen que una imagen vale más que mil palabras... Cuando fueron llegando los papás, y Balbina se percató del resultado de las enseñanzas de Ismael, su carta se fue a la basura. Ella, a su edad, también estaba aprendiendo a ver lo que vale la pena ver.





Fue un día de puros gustos. Finalmente, don Roque pudo arreglar la cámara, le puso grasa de tiburón o algo así, y se salvó una foto en la que estábamos Fermín y yo cuando era chiquitito. ¡Qué me iba a acordar! Mi papá se emocionó al tenerla en sus manos, y yo más, porque en la mirada de mi tío abuelo confirmé cuánto me quiso.

Cuando llegó Ismael, no sabía qué estaba pasando y quedó sorprendido. No estaba enterado del escándalo de Balbina, pero se sentía feliz del vuelo que estábamos iniciando nosotros.

Le entregó a mi papá la caja de ajedrez, un DVD y los rollos revelados del tío Fermín. Ismael quiso que todos viéramos lo que era: una ceremonia en la que le dieron el premio *National Geographic* por sus hallazgos en la playa de La Manzanilla, ¡por acercarse a los cocodrilos!



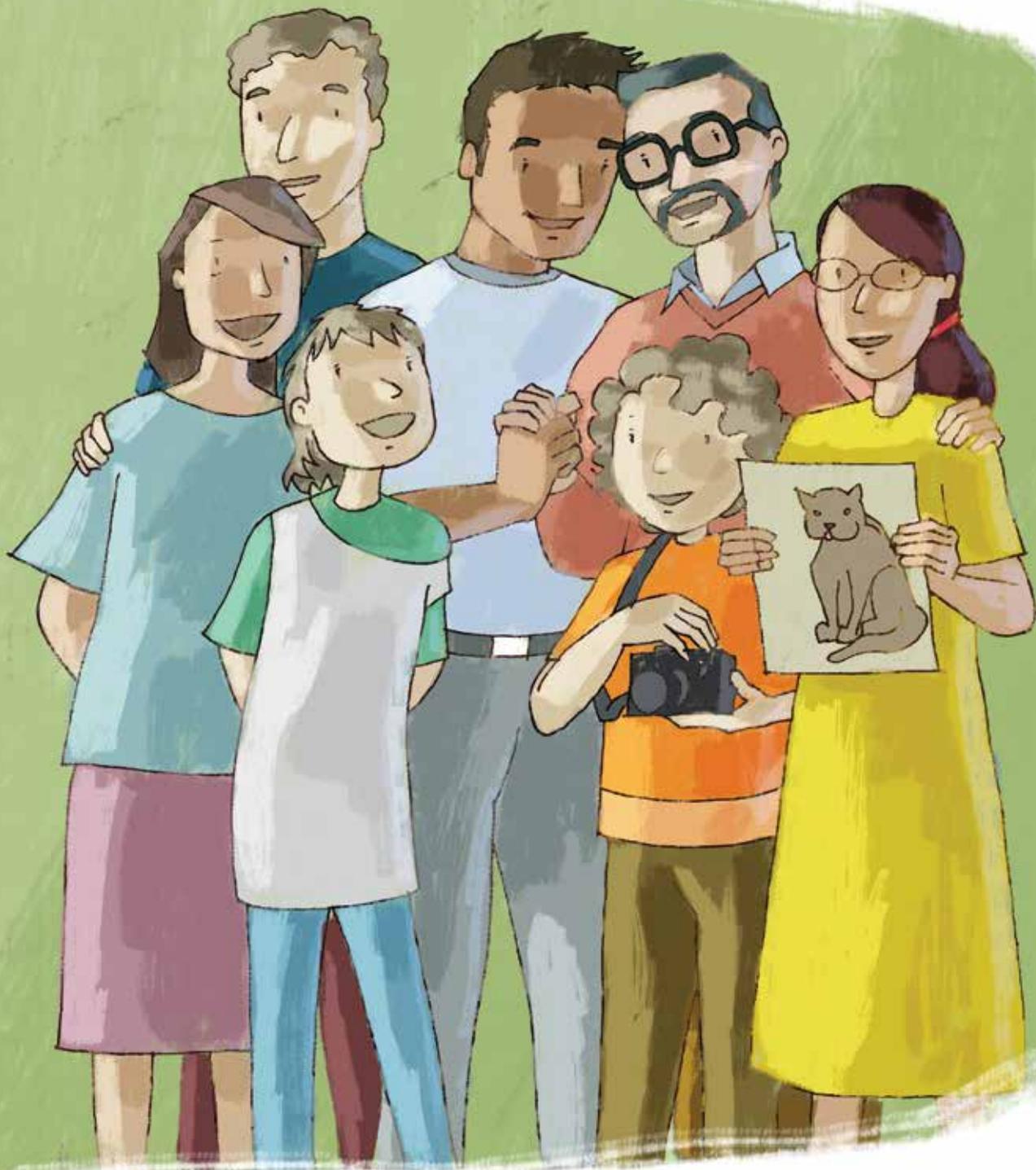
Cuando fue llegando todo el público de Kipatla, quedó sorprendido por la calidad de nuestros trabajos y de lo que habíamos aprendido con el profe Ismael. Lentamente se fueron tejiendo pláticas privadas en las que se empezó hablar sobre el tema que tanto revuelo había causado: la homosexualidad.

La mamá de Carmen reconoció tener una hermana lesbiana, que no tenía ningún trauma y era muy exitosa en su trabajo. El hermano de Toño platicó algunas anécdotas de su mejor amigo de la secundaria y de todos los tratamientos por los que lo hicieron pasar porque sus papás no lo aceptaban. Don Roque entendió que su hija simplemente era diferente y tenía todo el derecho de ser feliz. Balbina como que se retorció y enchuecaba la boca, incómoda. Por fin lo soltó: su primer novio la dejó porque le gustaban los hombres.

Mi papá pidió el micrófono y en ese momento entendí que los rollos no estaban velados, sino que se estaba develando una situación oscura que podría llegar a ser luminosa. Se veía que le costaba mucho soltarlo, pero lo hizo:

—Fermín era gay —dijo en voz baja, pero firme—. En su tiempo sufrió mucho por el rechazo (me pareció que veía a mi mamá, aunque tal vez lo imaginé) y el tío se tuvo que ir lejos de Kipatla.

Con lo que le entregó Ismael, tenía la prueba de que había triunfado en lo que más le gustaba. Al final, le agradeció a nuestro maestro esta clase de “revelado” y le dio un gran abrazo. Yo guardé esa foto para siempre, junto con las sonrisas del día: la de mi papá, mi mamá, Ismael, Gustavo, Balbina y, por supuesto, la de Emilia, con esa mirada que me encantaba.



Para que CONOZCAS más...

¿Sabes qué es la diversidad sexual?

De acuerdo con la Organización Mundial de la Salud, la sexualidad es un componente fundamental del ser humano y abarca, entre otros aspectos, el sexo, la identidad de género y la orientación sexual.

El *sexo* es lo que define el hecho de ser hombre o mujer a partir de condiciones genéticas (cromosomas XX o XY), hormonales (cargas diferenciadas de hormonas femeninas y masculinas) y anatómicas (pene o vulva al momento de nacer). Cabe señalar que también existen casos de *intersexualidad*, en los cuales las personas nacen con características físicas de ambos sexos.

Las formas de vivir y expresar la sexualidad son infinitamente diversas, porque cada persona las manifiesta de acuerdo con su propio contexto y realidad, sea individual o social, sin más límites que el respeto a los derechos de las

demás personas. Así, hay personas que nacieron como hombres pero se identifican a sí mismas como mujeres y viceversa. A ese proceso de reconocerse más en lo masculino o en lo femenino, se le llama *identidad de género*.

A lo largo de su desarrollo sexual, las personas van conociendo y estructurando su *orientación sexual*, es decir, las formas de vincularse afectiva y sexualmente consigo mismas y con otras personas. La orientación sexual puede dirigirse hacia personas de diferente sexo, llamada *heterosexualidad*; hacia personas del mismo sexo, llamada *homosexualidad*; o hacia personas de ambos sexos, llamada *bisexualidad*.

Las diversas expresiones de la sexualidad humana se presentan desde muy temprana edad y es importante que las personas adultas garanticen información y protección a niñas y niños durante ese proceso de descubrimiento, conocimiento y experimentación, con una perspectiva de derechos que respete y valore la diversidad, tanto en casa como en la escuela, incluyendo las identidades de género y orientaciones sexuales.

¿Qué es la homofobia?

Es común que en nuestra sociedad se reproduzcan prejuicios y estigmas que propagan mensajes negativos sobre las diferentes orientaciones sexuales e identidades de género. Estas

reacciones sociales negativas frente a la diversidad sexual dan origen a la *homofobia*, la cual consiste en una forma de pensar que deriva en miedo, reproches, burlas, desagrado o rechazo hacia las personas lesbianas, gays, bisexuales, travestis, transgénero, transexuales e intersexuales (población LGBTTTI), la cual suele conducir a la violación de su derecho a la no discriminación.

Es común que las personas, grupos o instituciones homofóbicas emitan, en forma permanente, opiniones, acciones o actitudes promotoras de alguna segregación en contra de la diversidad sexual y que teniendo al alcance la información necesaria para modificar sus prejuicios o estereotipos, la rechacen o se nieguen a conocerla.

Las manifestaciones discriminatorias de carácter homofóbico no solamente niegan derechos, sino que llegan incluso a propiciar actos violentos que ponen en riesgo la integridad física y mental de la población LGBTTTI.

¿Cómo repercute la discriminación en la población LGBTTTI?

La discriminación hacia la diversidad sexual tiene diversas repercusiones negativas en la vida personal y pública de la población LGBTTTI. De acuerdo con la *Encuesta Nacional sobre Discriminación en México 2010*:

- 7 de cada 10 personas no heterosexuales señalan estar de acuerdo, en mayor o menor medida, en que en México no se respetan los derechos de las personas homosexuales y bisexuales.
- 7 de cada 10 personas de más de 50 años están en desacuerdo, en mayor o menor medida, con la adopción por parte de mujeres homosexuales.
- 4 de cada 10 personas no estarían dispuestas a permitir que en su casa viviera una persona homosexual.
- 1 de cada 2 personas homosexuales y bisexuales percibe como su principal problema la discriminación.
- 4 de cada 10 personas señalan que las preferencias sexuales provocan división entre la gente.
- 3 de cada 10 personas consideran que es justificable oponerse a que dos personas del mismo sexo contraigan matrimonio.

Reflexiona y actúa...

Observa la forma en que las personas LGBTTTI son presentadas en los medios de comunicación y la manera en que se habla u opina sobre ellas en tu escuela, en tu familia y en tu grupo de amistades. Ahora, reflexiona sobre las siguientes preguntas:

- ¿Qué prejuicios y estereotipos se promueven o refuerzan al mostrar a las personas LGBTTTI en medios de comunicación, como la televisión?
- ¿Cómo crees que viven las personas LGBTTTI el rechazo, la exclusión, las burlas e incluso la violencia de la que son objetos?
- ¿Qué compromiso personal puedes asumir para no vulnerar o ser cómplice de la discriminación hacia las personas LGBTTTI?

¿Quieres leer los demás cuentos de la colección Kipatla, para Tratarnos Igual?

En el sitio web del Conapred <www.conapred.org.mx> puedes descargar los libros en versión digital y en radiocuentos. En el canal del Conapred en Youtube puedes ver los capítulos de la serie de televisión con interpretación en lengua de señas mexicana.

Rogelio y los rollos velados
se terminó de imprimir en noviembre de 2014 en los
Talleres Gráficos de México, Canal del Norte 80,
col. Felipe Pescador, del. Cuauhtémoc,
C. P. 06280, México, D. F.

Se tiraron 10 000 ejemplares.

Para Rogelio, a quien sus amigos llaman Roger, éste ha sido el mejor verano: descubrió la fotografía, tuvo muchas aventuras y se miró en los ojos de Emilia. Tomando fotos, exploró Kipatla y también ciertos secretos con los que algunas personas no se sienten cómodas. Al final, descubrió que muchos secretos que se revelan y salen a la luz aclaran la vida de quienes los guardaban.

SEGOB
SECRETARÍA DE GOBERNACIÓN



CONSEJO NACIONAL PARA
PREVENIR LA DISCRIMINACIÓN

A leer
IBBY MÉXICO

EJEMPLAR GRATUITO
Prohibida
su venta